

XI

En el país ha ocurrido una cosa extraña que da horror. Los profetas profetizan las falsedades, y los sacrificadores dominan por medio de las mismas; y mi pueblo experimenta con ello placer. ¿Qué haréis, pues, cuando el fin sea llegado?—JEREMÍAS.

Ha cegado sus ojos y endurecido su corazón, de manera que no ven con los ojos, que no comprenden con el corazón, que no se convierten, y que no los cura.—JUAN.

El arma más bella es siempre un arma no bendita, y he aquí por qué el hombre razonable desconfía de ella. Quiere, sobre todo, la tranquilidad. Vence, pero no se regocija. Regocijarse con la victoria es regocijarse con el asesinato de los hombres. El que se regocija con el asesinato de los hombres no puede lograr su objeto.—LAO-TSÉ.

Si un viajero distinguiese en una isla lejana hombres cuyas casas estuvieran rodeadas de armas cargadas, y en torno de las cuales día y noche se pasearan los centinelas, no podría menos de creer habitada dicha isla por bandidos. ¿No es esto lo que ocurre en los países europeos? ¡Cuán poca influencia sobre los hombres tiene la religión, ó cuán lejos estamos de la religión verdadera.—LICHTENBERGER.

Terminaba este artículo, cuando se recibió la noticia de la pérdida de seiscientas vidas inocentes en Port Arthur.

Sería natural que los inútiles sufrimientos y la muerte de estos infelices, muertos en vano, debieran hacer reflexionar á los que son causa de todo. No hablo de Makaroff y de otros oficiales, todos los cuales saben lo que hacen, y lo hacen de buen grado, por ventajas, por ambición, disfrazada bajo el embuste de patriotismo. Hablo de los infelices arrebatados á los distintos pueblos de Rusia.

Arrancados, con ayuda de engaños religiosos y por el miedo á los castigos, á su vida

honrada y razonable; útiles á sus trabajos y á su familia, son llevados al otro extremo del mundo y colocados sobre una máquina, cruel é inepta, de asesinato. Allí son despedazados ó ahogados con la inepta máquina, en un mar lejano, sin que ninguna necesidad ó utilidad compense los tormentos, los esfuerzos, los sufrimientos y la muerte de que han sido víctimas.

En 1830, durante la guerra polaca, el ayudante de campo Vilejinski, enviado de parte de Khlopitzki á San Petersburgo, en su conversación con el mariscal Dibitch sobre la condición, puesta por éste, de dejar que las tropas rusas entrasen en Polonia, respondió:

—Señor mariscal, creo completamente imposible que la nación polaca acepte eso...

—Pues puede usted creerme: el emperador no hará concesiones.

—Preveo entonces que, desgraciadamente, habrá guerra, que se derramará mucha sangre y serán muchos los que mueran.

—No lo crea usted; á lo sumo, diez mil hombres de cada parte, y nada más.

«Diez mil hombres, y nada más», dijo

Dibitch con su acento alemán, convencido en absoluto de que él, con otro hombre tan cruel y tan extraño como él á la vida rusa y polaca, el emperador Nicolás, tenía derecho á conducir ó no á la muerte decenas, centenas de millar de rusos y polacos.

Al leer esto, no se crea que lo que cuento no haya podido ocurrir. Parece insensato y terrible. Y sin embargo, sucedió; sesenta mil vidas, sesenta mil cabezas de familia perecieron por voluntad de aquellos hombres.

En la actualidad está ocurriendo lo propio. Para no dejar entrar á los japoneses en la Mandchuria y echarlos de la Corea, serán menester, según toda probabilidad, no diez, sino cincuenta mil hombres ó más.

No sé si Nicolás II y Kuropatkine han dicho, como en otro tiempo Dibitch, que para lograr lo que se proponen no serán necesarias más que *cincuenta mil vidas rusas*; pero lo piensan y no pueden menos de pensarlo, porque la obra que ejecutan habla por sí misma. Esa ola incesante de in-

fortunados aldeanos rusos, llevados á millares al Extremo Oriente, son esos «*no más de cincuenta mil rusos vivos*» que Nicolás Romanof y Alejo Kuropatkiue han decidido hacer matar, á fin de sostener las bestialidades, los saqueos, las vilezas de toda especie que han llevado á cabo en China y en Corea hombres inmorales y ambiciosos, que, ahora, tranquilamente sentados en su palacio, esperan nuevos provechos del asesinato de esos cincuenta mil hombres inocentes, de esos desgraciados obreros rusos, engañados, que nada adquieren á cambio de sus sufrimientos y su muerte.

Por una tierra extranjera, á la cual los rusos no tienen ningún derecho, que se arrebató de mala manera á sus verdaderos propietarios, y que, en realidad, no es necesaria á los rusos, y además por los dudosos negocios de algunos vividores que quieren ganar dinero especulando con los bosques de la Corea, se gastan ahora millones de rublos; es decir, la mayor parte del trabajo de todo el pueblo ruso, llénase de deudas á las futuras generaciones de este pue-

blo, sus mejores obreros son arrancados al trabajo y decenas de millares de sus hijos son sin piedad llevados á la muerte.

La pérdida de estos desgraciados comienza ya. Mas todo esto es poco aún. La guerra es tan mal conducida por los que la han organizado, se está tan mal preparado para ella, que como dice un periódico, la principal probabilidad de la salvación de la Rusia está en que tiene «un material humano inagotable.»

Con esto cuentan los que envían á la muerte decenas de millares de rusos. Dícese claramente: «Los fracasos de nuestra marina, serán compensados en tierra.»

En buen ruso, esto significa que si los jefes han conducido mal los asuntos por mar y han perdido por negligencia, no solamente los miles de rublos del pueblo, sino también miles de vidas, nos desquitaremos de eso conduciendo á la muerte, por tierra, algunos miles de hombres más.

Los saltamontes atraviesan los ríos del modo siguiente: Las capas inferiores se ahogan hasta formar un puente, por encima del cual pasan las otras. Esto es lo que

hoy se hace con el pueblo ruso. La capa inferior comienza ya á ahogarse, mostrando el camino á otros miles, que perecerán de igual manera.

Ahora bien; los iniciadores, los ordenadores, los provocadores de esta obra horrible, ¿comienzan á comprender su pecado? De ningún modo. Están convencidísimos de que han cumplido y cumplen con su deber, y están orgullosos de esta actividad.

Se habla de la pérdida del valeroso Makarof, el cual (todos están de acuerdo acerca de este punto) era un hábil matador de hombres. Siéntese la pérdida del navío, de la maravillosa máquina asesina que tantos millones de rublos costó.

Pregúntese dónde podrá ser hallado un asesino de tanta habilidad como Makarof. Se inventan nuevas máquinas mortíferas aun más perfeccionadas, y todos los culpables de esta horrible obra, desde el czar hasta el último periodista, piden al unísono nuevas locuras, nuevas crueldades, el aumento de embrutecimiento y el odio de la humanidad.

«Makarof no era el único en Rusia, y

cada almirante que en su lugar se ponga, seguirá sus huellas y continuará el plan y las ideas de Makarof, el cual ha muerto luchando honrosamente.» Así escribe *No-voie Vremia*.

«Rogüemos á Dios por los que sacrificaron su vida por la santa patria, sin dudar un segundo de que nuestra patria nos dará nuevos hijos tan gloriosos para la lucha siguiente, y encontrará un depósito inagotable de fuerzas para el digno remate de la obra.» Así escriben los *Boletines de San Petersburgo*.

«La nación ilustrada no sacará de la derrota, por extraordinaria que sea para ella, otra conclusión que esta: se hace necesario ensanchar más aún y continuar la lucha. Encontremos, pues, en nosotros nuevas fuerzas; nuevos héroes aparecerán», escribe *Russ*, etc.

Y el asesinato y los crímenes de todas clases prosígüese con más encarnizamiento. Éxtasis inspira el espíritu marcial de los voluntarios que, sorprendiendo de improviso á cincuenta hombres, los degüellan, ocupan el pueblo y dan muerte á los habitantes,

ahorcando ó fusilando á los espías, es decir, á los hombres tenidos por tales, que no hacían más que cumplir una tarea que nosotros mismos juzgamos necesaria y ejecutamos sin cesar.

Solemnes telegramas anuncian estos crímenes al jefe supremo, al emperador, el cual alienta á sus tropas y les envía su bendición por actos semejantes. Claro se ve en esto que hay un medio de salir de situación tal, un medio único, que es el que indico y el que indica Cristo:

«Buscad el reino de Dios y su Verdad, que *el resto*, es decir, todos los bienes materiales á los cuales puede aspirar el hombre, se realizará por sí solo.»

El bien material no es alcanzado cuando el hombre aspira á ese bien; por el contrario, tal aspiración aleja al hombre de lo que busca. Sólo cuando el hombre, sin pensar en el bien material, aspira al cumplimiento más completo de lo que ante Dios, ante el principio y la ley de la vida cree obligatorio, alcanza incidentalmente el bien material.

De modo que la verdadera salvación de

los hombres está en el cumplimiento de la voluntad de Dios por cada hombre aisladamente.

En eso está el destino principal, único, de cada individuo y á la vez, ese es el solo medio para cada hombre: obrar aparte sobre los demás hombres.

He aquí por qué todos nuestros esfuerzos deben tender á eso, nada más que á eso, exclusivamente á eso.

Abril, 1904.